

sión de los mismos líderes del partido, la de que yo era su peor enemigo, en virtud de mi proximidad ideológica con el Partido Comunista, pero al cesar esos ataques comprendí que el momento era favorable para satisfacer mi deseo.

Me hallaba en la Unión Soviética cuando se realizó el VII Congreso de la Internacional Comunista. Pude comprender ampliamente las causas y el alcance del cambio de táctica preconizada por el camarada Dimitrov, y me llenó de júbilo al ver confirmadas en sus palabras muchas de las apreciaciones que yo había hecho respecto de la táctica del Partido Comunista fuera de la URSS. El panorama del Frente Popular Anti-Imperialista y Anti-Fascista, me pareció una promesa de una victoria mundial para el proletariado, y desde el primer instante tomé la resolución, para mí mismo, de regresar a México para luchar con mayor entusiasmo que nunca en favor de la unidad del proletariado de México, de la América Latina y de las dos Internacionales, la de Moscú y la de Ámsterdam.

En Moscú conocí al compañero Hernán Laborde, dirigente del Partido Comunista de México. Tanto él como el compañero Miguel A. Velasco, que habían asistido al Congreso de la Internacional, me expresaron su propósito de trabajar sinceramente en la unidad del movimiento obrero de nuestro país, en un plano superior, fuera de sectarismos, para defender las instituciones revolucionarias y democráticas de México, ante los peligros internos y exteriores que sobre la clase trabajadora se cernían entonces con mayor fuerza que hoy.

MI OPINIÓN SOBRE LA URSS

Al llegar a México informé al Comité de la CGOCM sobre mis impresiones de viaje, y a pesar que algunos de sus dirigentes se manifestaron, de un modo claro, que no deseaban que yo hiciera el elogio público de la Unión Soviética, para evitar que

